

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

LA CALLE

Los expertos en inteligencia están desconcertados por la sabiduría de la calle. Al estudiar a los *meninos da rua* brasileños, a grupos de niños que en muchos países viven solos, a la intemperie, sobreviviendo como pueden, han comprobado su gran inteligencia para enfrentarse a los problemas diarios. Por ejemplo, inventan unas matemáticas espontáneas para hacer sus cuentas. Desarrollan destrezas, astucias, habilidades sorprendentes. Cuando les someten a nuestros test de inteligencia, sacan malos resultados, pero la mayoría de nues-

tros triunfadores en las olimpiadas de Cociente Intelectual morirían si se encontraran abandonados en la jungla de asfalto. Esto ha llevado a algunos psicólogos a separar la inteligencia para la vida de la inteligencia académica. Piensan que así se explican las discrepancias existentes entre los resultados académicos y el éxito vital. No hace muchos años, Daniel Goleman pensó que había encontrado la solución. Junto a la inteligencia que conoce habría una inteligencia emocional, que determina el futuro de una persona. Había, pues, que embarcarse en una educación de los sentimientos. Creo que no es acertado separar las dos inteligencias, por eso me interesan más los investigadores que últimamente han centrado su interés en la inteligencia práctica. Uno de ellos es Robert Sternberg, que en uno de sus libros cuenta la siguiente anécdota: “A Jack, que se considera el más listo de su clase, le encanta burlarse de Irvin.

“Te voy a demostrar lo estúpido que es”, dice a un amigo. “Irvin, aquí hay dos monedas. Te regalo la que quieras!”. Irvin mira las dos monedas –una de cinco centavos y otra de diez–, y coge la de cinco. “¡Ves como es tonto!”, comenta Jack a su amigo, y se va muy ufano. Uno de los profesores, que había observado el hecho, se acerca a Irvin y le señala amablemente que la otra moneda valía más. “¡Ya lo sé! –responde Irvin–, pero si cogiera la de 10, Jack no volvería a pedirme más que cogiera una moneda. Así me lo pide una y otra vez, para reírse, y ya llevo embolsado un dólar”.

Los niños de la calle nos están permitiendo comprender mejor la inteligencia humana y desarrollar

LA MAYORÍA DE LOS QUE TRIUNFAN EN UNA OLIMPIADA INTELECTUAL MORIRÍAN EN LA JUNGLA DEL ASFALTO

un modelo apropiado para dirigir la educación. Estoy muy satisfecho de haberlo concretado y aplicado en los programas de la UP (www.universidaddepadres.es). La función principal de la inteligencia es dirigir nuestro comportamiento para poder salir bien parados de la situación en que estemos. Tiene, pues,

una función práctica, vital, concreta. Ahora bien, las situaciones pueden ser muy variadas, basta comparar la de los *meninos da rua* con la de los estudiantes de Harvard. La índole de sus problemas cambia, y los criterios de evaluación, también. Pero es importante recordar que la inteligencia para vivir es la básica. La enorme importancia que tienen en nuestra sociedad los conocimientos formales, científicos, teóricos, académicos, nos está haciendo olvidar ese otro fundamento imprescindible para la buena vida. Así sucede en la adolescencia, que no es una edad biológica sino una ficción educativa, inventada para conceder mayores posibilidades formativas. Sin embargo, hemos identificado esa educación con la instrucción formal en la escuela, olvidándonos de la inteligencia vital, sin la cual no van a aprovechar nada de lo aprendido. Sternberg, especialista en test de inteligencia, dice que los actuales “se centran en la inteligencia académica inerte y no en la inteligencia exitosa activa”. Como ya saben mis lectores, a esa inteligencia exitosa la llamo talento, y es lo que debemos educar. ■



Raúl